

CANOGAR, CON DON DANIEL AL FONDO

La primera vez que yo oí hablar de Rafael Canogar fue a don Daniel Vázquez Díaz. Hará de esto unos veinte años, o tal vez un poco más. Y no fue por nada que le atañera a él, a Canogar, de una manera directa. Un día me llamó el viejo maestro: "Oye, José María, era menester que le hicieras una introducción a un joven discípulo mío que quiere hacer una exposición. Se llama Cristino de Vera". Quedamos citados don Daniel y yo. Y, cuando estuvimos juntos, con el entusiasmo que era peculiar en don Daniel, y que le recordamos todos los que lo conocimos, me dijo: "Tengo ahora, entre otros, dos alumnos formidables. Uno es Cristino, ese chico de que te hablo: es un místico de la pintura. Atención a él, ya le verás la obra. El otro es Rafaelito —Rafaelito Canogar, un toledano, creo—. ¡Qué chiquillo! Ese tiene una mano de pintor, que se va a la pintura solo... ¡y se la come! ¡Y se la come! ¡Qué chiquillo!

Los que conocíamos a don Daniel llegábamos a entenderle su peculiar manera de expresarse. Y sobre todo, le conocíamos su debilidad por todos sus alumnos o los que habían sido sus alumnos: "Los magníficos paisajes de Caneja", "He visto un cuadro de Pepe Caballero, formidable". "Clavo: ¡qué bien pinta ese chiquillo!".

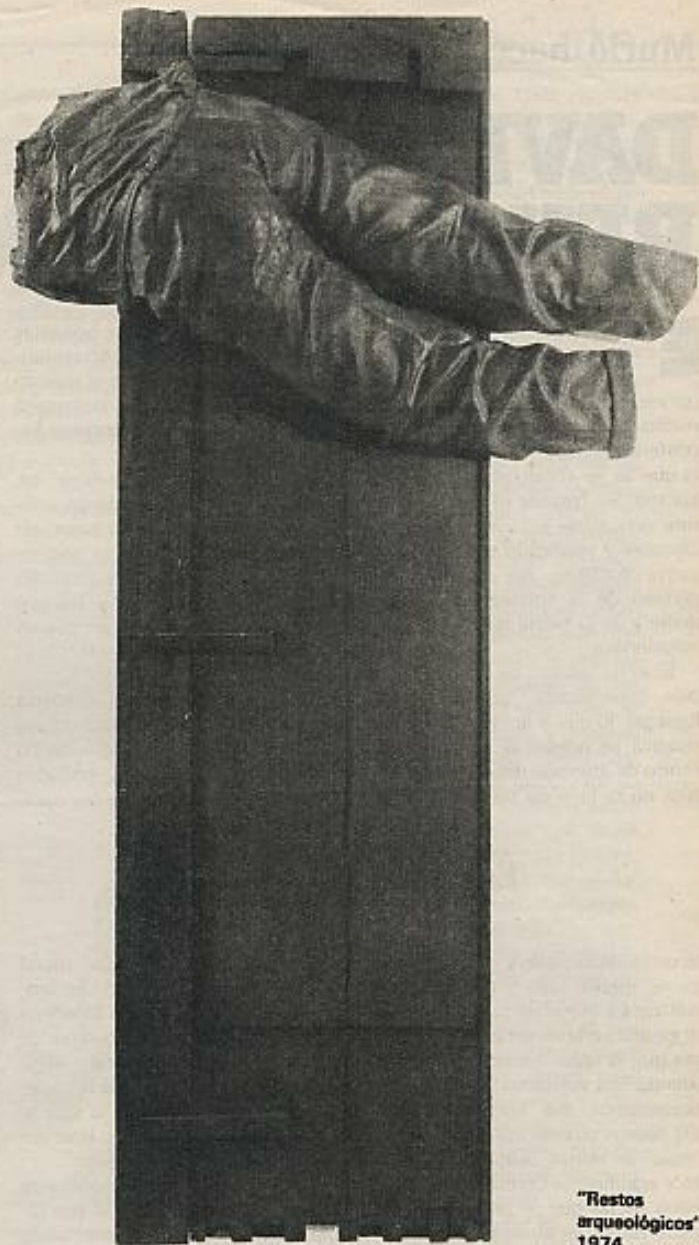
Yo conocí, a través de los elogios de don Daniel, a pintores que nunca conocí personalmente, como Olasagasti, o que llegaría a conocer muy bien después, como Agustín Ibarrola: "¡Agustinillo, Agustinillo, qué cacho de pintor!".

Por eso, cuando yo tenía que formarme un criterio de algún pin-

tor que hubiese sido discípulo de don Daniel, siempre tenía que descontar los elogios del maestro. Porque don Daniel era tan maestro que llegaba a entender las razones intimamente pictóricas que peculiarizaban a cada artista. Y las potenciaba desde su magisterio. Por eso, ninguno de sus discípulos se parecía pictóricamente a él.

Canogar tampoco. Pero él hacía un esfuerzo y lo entendía desde la distancia. Recuerdo una vez —era en el tiempo del gran predominio aformalista— que, en una exposición del grupo El Paso, me encontré a don Daniel, que charlaba con Dionisio Ridruejo (¡qué pena: ya no viven ninguno de los dos!). Yo, después de darle la mano a Dionisio, previendo que aquella pintura "de acción" no podía interesarle a don Daniel, a manera de saludo le dije: "¿Y qué, don Daniel?" Y él: "Hombre, José María, tú sabes que esto no es, no puede ser lo mío". Y —haciendo gestos como trazando geometrías en el aire—: "Yo, estructuras, estructuras... ¡Pero Canogar, Canogar!". Luego, recuerdo, Dionisio me tomó un momento del brazo y —no sé si por la influencia de don Daniel— me susurró al oído: "Oye, ese Canogar yo creo que es el más pintor de todos".

De todo eso hace ya bastante tiempo. Y yo, en lo que se refiere a Canogar, sigo descontento de mi criterio los elogios de don Daniel. Pero, claro, don Daniel era un pintor que conocía como nadie la pintura. Cuando don Daniel decía que Rafael "se va solo hacia la pintura y se la come", establecía un diagnóstico —muy peculiar, ciertamen-



"Restos arqueológicos", 1974.

te—, pero que era cierto en aquellos momentos ¡y continúa siendo cierto ahora!... Y continúa siendo cierto ahora, cuando ya la pintura de Canogar no tiene nada que ver con lo que pintaba en el estudio de don Daniel ni cuando pintaba como un componente del grupo El Paso. Y es verdad que Canogar ha cambiado mucho desde entonces —y bien venidos sean los cambios renovadores en ese orden—; sobre todo, ha cambiado si se tienen en cuenta sus dos exposiciones últimas (su exposición de hace más de un año en "la pequeña Juana, de Villanueva, 7" y su exposición de este final de temporada en "la gran Juana, de la calle Castelló"). Ha cambiado en esas exposiciones su "idea" sobre la realidad, pero no su "creencia" —en el sentido orteguiano de esas palabras— sobre la pintura.

Cuando Canogar, en la exposición "realista" de la pequeña Juana, vuelve a una situación testimonial que no se le esperaba en ese momento, es porque ha hecho recaer sobre la pintura un sentido del deber civil que le preocupaba en

esos momentos. Y cuando, con esa última exposición, vuelve a reivindicar, y aun a magnificar, las estructuras formales, ello es, yo creo, porque, tras años de despreocupación por todo ello, él ha sentido que debe recuperar esa disciplina. Todo eso es de una rigurosa autenticidad. Y todo eso es tanto más auténtico cuanto todo ello afecta fundamentalmente al mecanismo de sus ideas. El mecanismo de sus creencias —para proseguir con la fórmula orteguiana— ha permanecido inalterable. En el fondo, su tratamiento compensatorio de las formas —y aun de las "informas"— ha continuado siendo el mismo cuando pintaba testimonios altamente figurativos que cuando pintaba "abstracciones" informales. Y cuando —últimamente— ha pintado estructuras formales. Porque eso último, insisto, es lo inalterable en él; es lo que mueve a su instinto de pintor: es lo que —desde que empezó a ir al estudio de don Daniel— le permitía ser "ese chiquillo" que "se comía la pintura": sus creencias. ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.



Rafael Canogar.